



Diciembre 2019 | #213

Columna Invitada

Cultivar en banquinas. ¿Una buena decisión para todos?

por Grupo de Estudio de Agroecosistemas y Paisajes Rurales (UNMdP)

El sábado 10 de agosto el diario La Nación publicó un Editorial titulado “Cultivar en banquinas, aumentar la producción”. Allí se cuestiona no aprovechar para la producción agrícola las banquinas y bordes de vías férreas. Sabemos que, en la actualidad, los sistemas agropecuarios enfrentan distintos desafíos más allá de aumentar la cantidad de alimentos producidos: Aplicar prácticas y manejos productivos que aseguren la sustentabilidad ecológica, económica y social, en línea con los Objetivos para el Desarrollo Sostenible al 2030 de las Naciones Unidas; producir alimentos sanos, tanto por su valor nutricional como por su inocuidad; y asegurar el acceso a los mismos y evitar su desperdicio; y Estos retos no son sólo técnicos, sino también políticos y éticos.

Los sistemas agropecuarios argentinos pueden ser cuestionados en cada uno de los aspectos antes mencionados. Hoy enfrentamos la paradoja de producir cada vez más alimentos, a costa de degradar la tierra y el entramado social y natural de los agroecosistemas, y arriesgar el mantenimiento de la producción en el futuro.

En este contexto, ¿es necesario o recomendable sembrar las banquinas o los bordes de vías férreas para aumentar la producción agrícola? Desde una visión más amplia, creemos que no es conveniente. Por un lado, los ambientes marginales no cultivados alojan una biodiversidad que permitiría a los productores reducir el uso de insecticidas, favoreciendo la sustentabilidad ecológica, económica y social. Así mismo, en la región pampeana estos ambientes constituyen relictos de pastizal con un altísimo valor ecológico y cultural. Las especies nativas que los componen forman parte del acervo genético y cultural de la región. Por otro lado, la presencia de máquinas en estos ambientes aumenta la probabilidad de accidentes viales o férreos. Una gran cantidad de ecólogos y ecólogas argentinas estudian estos ambientes y diseñan manejos que potencien sus beneficios para la propia biodiversidad, los productores agropecuarios y la sociedad en general.

El Editorial de La Nación desconoce todas estas dimensiones. Apela a razonamientos erróneos que es necesario señalar. Por ejemplo, al contrario de lo que se afirma allí, la Política Común Agraria de la Comunidad Europea promueve, a través de esquemas de subsidios, el establecimiento de franjas con vegetación natural para generar hábitat de predadores de plagas de cultivos. Según el mencionado Editorial, sembrar las banquinas sobre rutas nacionales o provinciales supondría una ganancia de una hectárea por



kilómetro lineal de ruta. Llevado a la provincia de Buenos Aires como ejemplo, estaríamos hablando de unos 36.000 kilómetros, es decir, sumaríamos, como máximo, 36.000 hectáreas a las 17 millones ya sembradas con cultivos anuales (un 0,2%). De esa superficie total cada productor o municipio podría hacer uso de una fracción ínfima. Ante esto, nos preguntamos: ¿Cuánto representaría esto en ganancia económica para municipios o productores? ¿Se evalúan daños a bienes ambientales comunes, precisamente sobre espacios de dominio público? ¿Se puede prescindir de dimensionar la función social y ambiental de la propiedad pública, sólo por maximizar la renta privada?

Esto nos lleva a reflexionar sobre un último punto que, como advertimos al principio, no es solamente técnico sino esencialmente ético, que se traduce en políticas públicas. En los paisajes rurales se combinan áreas públicas y privadas. Las decisiones que tomemos sobre cada una no son neutrales: todos ganan y, al mismo tiempo, pierden algo. ¿En qué medida el interés particular debe primar por sobre el bien común? Creemos que las políticas públicas deberían estar orientadas a minimizar posibles conflictos de interés y maximizar el beneficio para el conjunto de la sociedad. Es por eso que se deben ponderar los beneficios y perjuicios de cultivar banquinas.

Para concluir, la evidencia indica que los argentinos somos muy proclives a caer en las grietas, tiñendo de discusiones partidarias temas que exigen consideraciones técnicas, científicas y, por supuesto, también políticas. Es tiempo de que, como ocurre en los tan frecuentemente citados países desarrollados, las políticas públicas conjuguen los intereses económicos de algunos sectores con el interés común, haciendo uso del conocimiento y las herramientas para determinar los dónde, los cómo y los cuándo de sus decisiones.